



COLOMBIA

ESTE simpático nombre, que se aplicó por vez primera á la República independiente formada por la antigua Capitanía General de Venezuela y el Virreinato de Nueva Granada, conforme á la determinación del Congreso de Angostura (27 de Diciembre de 1819), se extendió también á las nuevas provincias que se incorporaron á aquel organismo político, fraccionado en 1831, y cayó luego en desuso hasta que lo reivindicó (20 de Septiembre de 1861) la nación que con él es hoy conocida, y en la cual persiste, más vivo acaso que en ninguna otra de las hispano-americanas, el espíritu de nuestra raza; la nación que, después de pasar por sangrientas catástrofes, luchando á brazo partido con la demagogia anárquica, cuyas revueltas olas estuvieron á punto de hacer naufragar el depósito de la tradición, se gloria hoy de conservarlo en toda su integridad, según vamos á ver por lo que respecta al orden literario.

El partido radical de Nueva Granada, absolutamente infecundo para el bien, apenas ha contado en sus filas á un escritor de importancia. Los que la tienen se

han distinguido por sus ideas conservadoras, y, al rendir culto á los grandes principios constitutivos del orden social, han llevado al arte esa misma tendencia de respeto á la ley justa, de aversión al libertinaje, en el fondo y en la forma; han procurado simultáneamente la pureza de la fe y la pureza del gusto, oponiéndose, como á enemigos mancomunados, á la heterodoxia y al neologismo.

Insignificantes son los nombres de los aficionados á las Musas que había en el Virreinato de Nueva Granada durante los últimos años del régimen colonial; y así en la *Tertulia Eutrapélica* que se reunía en casa del bibliotecario Rodríguez, como en la llamada *Academia del Buen Gusto*, debió de prevalecer un género de literatura muy insulso, á juzgar por las muestras que se conocen. «La efervescencia intelectual», el «deseo de poseer libros y de conocer los nombres de los hombres célebres», que notó Humboldt (1801) en la juventud de Popayán¹, y lo mismo pudiera decirse de la de Santa Fe y Cartagena, no se han de referir al movimiento literario, sino al científico, que muy pronto estuvo personificado en el ilustre Director del Observatorio Astronómico de Bogotá, D. Francisco José de Caldas. A este sabio corresponde la honra de haber fundado una publicación tan importante como el *Semanario del Nuevo Reino de Granada*², en la que tuvo por colaboradores á los muchos ingenios³ que por entonces cultivaban allí las distintas ramas de la Física y la Historia Natural. Uno de ellos, D. José Manuel Restrepo, autor del *Ensayo sobre la Geografía, industria y pobla-*

¹ Carta á Mutis, que cita D. José María Vergara en su *Historia de la Literatura en Nueva Granada*, cap. XIII, pág. 342. (Bogotá, 1867.)

² Apareció el primer número el 3 de Enero de 1808, conservando la revista su forma primitiva hasta la conclusión del año siguiente. En 1810 se imprimieron once cuadernos ó *Memorias mensuales*, con los que terminó el *Semanario*.

³ Pertenecían no pocos al Clero secular, como advierte Vergara en su *Historia* (cap. XV).

ción de la provincia de Antioquia, inserto en el *Semanario*, escribió más tarde su apreciada *Historia de la revolución de la República de Colombia* ¹.

Ni el florecimiento de tales estudios, ni el de la oratoria sagrada, en la que descollaron algunos religiosos agustinos, y en particular el P. Diego Padilla, emuestran nada contra lo que he dicho sobre el atraso de la poesía, la cual tampoco despertó en Colombia con el tumulto bélico de la independencia, puesto que las vulgares declamaciones del médico D. José Fernández Madrid en loor de Bolívar y en contra de los españoles, los himnos patrióticos del infeliz joven Luis Vargas de Tejada (*Recuerdos de Boyacá, Á Méjico, Á la Libertad*) y las demás producciones, ya líricas, ya dramáticas, de entrambos, no pasan de ser débiles tanteos en la senda abierta por los autores castellanos de aquel período ².

Quien poseyó alientos para seguir el arrebatado vuelo de Quintana, y celebrar con entonación épica y carácter de personalidad independiente las grandezas del heroísmo, los misterios de la religión y las maravillas que obra el sentimiento generoso de los humildes, menospreciadores y menospreciados de la fama; quien había nacido para consagrar

A todo bien tributo de alabanza,
A toda noble inspiración un canto;

quien dejó esculpida en el mármol de sus estrofas la

¹ París, 1827. La segunda edición de esta obra (Besanzon, 1858) contiene muchas reformas y ampliaciones, y es la que generalmente se cita.

² Las *Poesías* de Fernández Madrid se imprimieron en La Habana (1822) y en Londres (1828); las de Vargas Tejada en Bogotá (1857), gracias á la diligencia de D. José J. Ortiz. Las tragedias del primero se titulan *Atala* y *Guatimozin*; las del segundo, *Sugamuxi* (1826), *Aquimin* (1827), *Doraminta* (1829), *Sacresazipa* y *Witikingo*, á las cuales hay que añadir la comedia en versos pareados *Las Convulsiones*, el monólogo *Catón en Utica*, que fué un arma de combate contra el Libertador, la traducción del *Demetrio* de Metastasio, y la de una parte de *Il vero amico* de Goldoni.

figura del *Libertador* de América, á quien había conocido en su infancia, y supo unir en su corazón y sus versos el culto al nombre de Colombia y el amor á España, fué D. José Joaquín Ortiz (1814-1892), varón esclarecido por sus virtudes y talentos, cuya venerable memoria no sólo merece conservarse por razones estéticas, sino también en justo homenaje al que fué toda su vida incansable paladín de los sanos principios que á la larga produjeron la regeneración de un pueblo destrozado por intestinas y facciosas rivalidades, y por el desgobierno de intrusos aventureros políticos.

Dejando aparte los méritos de Ortiz como periodista y como profesor, sus condiciones de poeta ¹ son, conforme he apuntado, las de un imitador diestro de Quintana, en cuanto á la forma, no en cuanto á las ideas, pues mediaba entre ambos autores el inconmensurable espacio que separa la ortodoxia más pura é intransigente de la incredulidad. Sin embargo, la afición de Ortiz á la grandilocuencia y la impetuosidad del cantor de Padilla y Gutenberg, no consistía en mero capricho de escuela, ni se limitaba á ciertos pormenores técnicos; era producto de un temperamento lírico, igual en especie, aunque no en intensidad, ni menos en dirección, al de su modelo, y que también sentía mejor las impresiones del mundo externo que la voz íntima de la conciencia.

No poco hay que elogiar en composiciones tales como *La bandera colombiana*, *Los Colonos*, *La Goajira*, *Boyacá*, *Á un joven poeta*, *Al Tequendama*, etc.; pero casi siempre con las reservas que el buen gusto impone respecto del convencionalismo de la forma, de

¹ *Poesías de José Joaquín Ortiz*, Bogotá, 1880. Van divididas en tres secciones: *Recuerdos de la Patria*, *Lira Sagrada* y *Versos del hogar*. Entre las composiciones que faltan en este volumen debe contarse principalmente la que se titula *Colombia y España*, publicada en 1882.

los rasgos prosaicos y de la flojedad en la versificación; deficiencias todas que, aisladamente ó en conjunto, suelen acompañar á la musa de Ortiz, contrapesadas por la fervorosa y cordial sinceridad de los sentimientos, por el vigor de las descripciones, que á veces pudieran tomarse como obra del buril y no de la pluma; por la brillantez de las imágenes y del estilo, dominadora de las débiles neblinas que le salen al paso y no consiguen eclipsarla.

Donde el autor usa un estilo más igual y castigado, y el torrente de la inspiración corre por cauce seguro, y el cuadro de la naturaleza virgen, transformada por el hombre, recuerda los primores de las *Geórgicas* de Virgilio, es en la poesía *Los Colonos*, que nos presenta realzadas las condiciones geniales de Ortiz por otras nuevas y de alto precio ¹.

No fué del todo refractario á las libertades románticas este defensor del neo-clasicismo; pero tampoco las aceptó con tanta decisión como algunos de sus amigos y correligionarios, entre los cuales descuellan José Eusebio Caro (1817-1853) y Julio Arboleda (1817-1861), célebres ambos en la historia política de su patria y en las contiendas del periodismo, tanto ó más que en la literatura; dotados igualmente de un carácter viril y una fortaleza de ánimo á prueba de contradicciones; sinceros y fervorosos amantes de la belleza, que no la concebían divorciada del bien y de la verdad, y que no vacilaron nunca en sacrificar á estos altos ideales las ventajas del placer egoísta, la tranquilidad del hogar doméstico, los halagos de la ambición y hasta la misma

¹ Como periodista, colaboró Ortiz en innumerables publicaciones, como *La Estrella nacional* (1836), *El Día*, *El Conservador*, etc.; y fundó *El Porvenir* (1855), en unión con D. Lázaro M. Pérez, *El Catolicismo* (1860), *La Caridad* (1864-1878), y *El Correo de las aldeas*. Fué editor y compilador de varias obras literarias, y compuso algunas originales, ya de carácter ameno, ya de controversia religiosa, y, entre las últimas, un discurso contra el utilitarismo de Bentham (*Las Sirenas*) y las *Cartas de un Sacerdote católico al Redactor de «El Neo-Granadino»* (1857).

vida, amargada en los dos por terribles contradicciones, y que para el último terminó por el alevoso asesinato con que se deshicieron de él sus enemigos.

Las *Poesías* de Caro, reimpresas últimamente en España, formando parte de la *Colección de escritores castellanos* ¹, continúan siendo casi desconocidas entre nosotros, lo cual se debe á las escabrosidades con que de pronto mortifican la atención y el gusto del lector, y á la originalidad extraña, no siempre de buena ley, que se advierte en la índole y la disposición de los asuntos, en el metro y en la rima. No se trata aquí de negligencias casuales, sino de un sistema preconcebido, que consiste en dar á las severas leyes de la razón más parte de la que les corresponde en las obras artísticas, y en someter el artificio de la versificación á nuevos moldes, con el fin de hacerla más musical. Caro estudió é imitó primero á Martínez de la Rosa y á Moratín, hasta que, al leer á los poetas ingleses, puso empeño en asimilarse ciertas formas inusitadas y peregrinas en nuestra métrica, componiendo exámetros bien poco agradables al oído, tratando de sustituir el número por el ritmo, la rotundidad de la estrofa por la cadencia de cada verso ², y ensayando otras novedades en que no ha tenido imitadores.

La intención filosófica y trascendental que el carácter reflexivo de Caro imprimió á la mayor parte de sus composiciones, sin exceptuar las amorosas, las perjudica también, en mi concepto, porque se presenta á menudo con excesiva desnudez, como sería fácil evidenciar, por medio de numerosos ejemplos. En *La*

¹ Madrid, 1884.

² Véase la *Introducción* á las *Obras escogidas en prosa y verso, publicadas é inéditas, de José Eusebio Caro, ordenadas por los redactores de «El Tradicionista...»* Bogotá, 1873. Todas las reflexiones con que en aquel escrito se defienden y explican las reformas introducidas por Caro en la poesía castellana, no son bastantes para convencer á quien lea con atención algunos versos del autor allí mismo citados, y á los que pudieran añadirse otros no más felices.

Bendición nupcial tropezamos con la siguiente pregunta, que es purísima prosa:

¿Quién puede responder del resultado
Que sus obras habrán de producir?
A medias recordando lo pasado,
¿Quién puede responder del porvenir?

En *La Libertad y el Socialismo*, formidable diatriba contra el general revolucionario López, se ve el tono de una peroración tribunicia ó de un artículo de periódico; y aunque el inflamado aliento del amor, de la cólera y de otras pasiones que agitaban el impresionable espíritu de Caro le encumbra no pocas veces á la esfera del entusiasmo lírico, hasta allí le acompaña el peso de las malhadadas preocupaciones reformistas, que abrumba su inspiración, cohibiendo sus más gallardos impulsos ¹.

Brilla, por el contrario, en las poesías de Julio Arboleda una espontaneidad que realza aquellas otras prendas de elevación en el pensar y delicadeza en el sentir, comunes á los dos amigos, cuyos nombres son inseparables, como lo fueron sus almas generosas. Ambos escribían siempre *ex abundantia cordis*, obedeciendo á impresiones hondas y sinceras, de lo cual procede el carácter de intimidad auto-biográfica que anima sus composiciones; sólo que el numen de Arboleda corre libre de las trabas con que voluntariamente se ciñó el de Caro: lo mismo que éste, cantaba aquél las inquietudes, ternuras y delicias del amor casto, y también flageló con las cuerdas de su lira á los fautores de los infortunios de su patria.

¹ Entre las *Cartas políticas* y los *Artículos y opúsculos* de J. E. Caro, insertos en la mencionada colección de Bogotá, hay páginas elocuentísimas y de gran profundidad. Merece singular elogio la refutación de las doctrinas de Bentham, publicada en *El Granadino* (1842) y *La Civilización* (1849-1850) con el siguiente título: *Sobre el principio utilitario enseñado como teoría moral en nuestros colegios, y sobre la relación que hay entre las doctrinas y las costumbres*. (Se reimprimió este escrito en el tomo de *Obras escogidas* del autor, págs. 96-129.)

La obra capital que nos ha legado, aunque sin concluir y bastante incorrecta, es el *Gonzalo de Oyón* ¹, ensayo narrativo, basado en la historia de cierta rebelión obscura, acaudillada por un compañero de Gonzalo Pizarro, que en su destierro de Popayán intentó levantarse con el mando de esta ciudad. Numerosas modificaciones introdujo Arboleda en el episodio que consignan las crónicas del nuevo Reino de Granada, ya idealizando la figura del rebelde y poniendo á su lado la del pirata inglés Walter, las dos de perfil byroniano, y en las que se trasladan al siglo xvi ideas y aficciones propias del xix; ya creando otros nuevos personajes, como el noble Gonzalo, héroe del poema, y la desdichada Pubenza, víctimas inocentes de una fatalidad inexorable, que recuerdan á los amantes de Verona y á los de Teruel; ya añadiendo los múltiples recursos que para el interés de la obra podían suministrar la pintura viva y animada de la Naturaleza, y el simbolismo de la acción y los personajes, dentro de límites prudentes y discretos.

Á pesar de todo, según dice muy bien D. Miguel A. Caro, coleccionador inteligentísimo de las poesías de Arboleda, «el plan del *Gonzalo*, por la inexperiencia propia de los pocos años que contaba el poeta cuando lo trazó, adolece de graves defectos, que ni el trabajo de la lima ni una refundición á medias hubieran sido parte á salvar. No hay allí una acción principal á que se refieran las empresas accesorias, y que, avivándose á las veces, entreteniéndose otras en agradables episodios, progrese á la continua hasta llegar á su tér-

¹ Publicáronse por vez primera algunos fragmentos en 1858. Dos veces, una antes y otra después de esta fecha, se perdieron los manuscritos del *Gonzalo*; pero últimamente se encargó una mano experta de reunir y ordenar los materiales dispersos, convertidos en la elegante y esmerada edición que lleva por título *Poesías de Julio Arboleda. Colección formada sobre los manuscritos originales, con preliminares biográficos y críticos, por M. A. Caro, de la Academia Colombiana*. Nueva York, 1884.

mino»¹. Indica también Caro los rasgos de inverosimilitud que desvirtúan el interés de los amores entre Gonzalo y Pubenza, desde que sacrifica ésta sus esperanzas, dando á otro hombre la mano de esposa; y en cuanto á la perfección moral que realza el protagonista, añade el sabio crítico: «Hay dos héroes en la leyenda de Arboleda: Gonzalo y Álvaro; y he aquí que, contra la intención del poeta, la ambición osada y gigantesca del primero puede obscurecer las hidalgas timideces del segundo»².

Por su espíritu regionalista, por el sabor genuinamente americano de sus versos, y por el extraño temple de su alma, soñadora y delicada al par que bravia y de ruda virilidad, que sólo concibe el amor envuelto en celajes de idealismo archiplatónico, y, sin embargo, sabe acercarse á la realidad más ínfima para extraer la esencia de la poesía oculta bajo el velo de aparente prosaísmo; por todas estas y otras cualidades casi anti-téticas, se distingue de los demás poetas colombianos el antioqueño Gregorio Gutiérrez y González (1826-1872), conocido en su patria por el sobrenombre de *Antioco*, y á quien no sin algún fundamento se ha comparado con el escocés Roberto Burns³. Figuró al principio entre los adeptos del romanticismo, imitando á Zorrilla y Espronceda, á la vez que se burlaba de los extremos y ridiculeces engendrados por la escuela dominante á la sazón, y parodiaba las composiciones fúnebres, lacrimosas y trascendentales, parecidas á aquellas de que habían dado buena cuenta en España Mesonero Romanos y otros escritores de costumbres. En las poesías eróticas de Gutiérrez y González hay un fondo de sentimiento personal, íntimo y sincero, que recuerda

¹ *Poesías de Julio Arboleda*, edic. citada, págs. 106-107.

² *Ibid.*, pág. 109.

³ *Poesías de Gregorio Gutiérrez y González, con introducción y noticias, por Salvador Camacho Roldán, Manuel Uribe Angel y Emiliano Isaza*. París, Garnier, 1891. (4.^a edición.)

la pasión del Petrarca y la ternura de Garcilaso, y que está inspirado por la presencia de la felicidad y por el temor de perderla, sentimiento en que tiene tanta parte la melancolía como el placer. Las desgracias que afligieron al cantor de Julia no podían menos de contribuir á que la nota del dolor resonara cada vez más intensa y honda en sus rimas, hasta aproximarse al grito de la desesperación, aunque dejando lugar á la fe y al consuelo. Tras la sentencia pesimista:

Que el dolor y la vida para el hombre
Lo mismo son con diferente nombre,

viene esta otra afirmación:

Decir que amando hay vida desgraciada,
Es sacrilegio en alma enamorada.

No pertenecen los versos transcritos á ninguna de las composiciones del autor unánimemente celebradas (*Á Julia, Aures, ¿Por qué no canto?*, etc.); pero si es característico en Gutiérrez y González, por la impaciente espontaneidad con que escribía, que ni en los momentos felices deje de incurrir en descuidos, también es frecuente que en la hojarasca de sus versos más endebles se deslice algún grano de oro de legítima poesía.

Las aficiones románticas de *Antioco* fueron modificándose en sentido realista, y el asiduo trato con la naturaleza de su país natal pobló su mente de imágenes nuevas, haciéndole buscar el detalle plástico, la exactitud nimia, el vocablo expresivo, aunque prosaico ó ininteligible. A ese impulso obedece la *Memoria sobre el cultivo del maíz en Antioquia*, con su aparato de gravedad didáctica y su división en capítulos, lo cual no pasa de ser una broma, pero da á conocer las miras del poeta y su deliberada intención de no omitir nada de lo referente á las operaciones agrícolas que trataba de describir. El tono de sencillez ingenua y primitiva, dominante en la obra, le presta un encanto muy raro